

LOS LIBROS

NOVELA

LA QUINTRALA, por *Magdalena Petit*.

No es para mí un hallazgo el libro de Magdalena Petit (1). Conozco, casi en totalidad, su producción, lenta y honrada. El año pasado publiqué en esta Revista un pequeño estudio, que era una tentativa para precisar el rico espíritu que fluía con tan distintas apariencias a través de su obra dispersa. Creo que logré sacarlo del dominio de lo inabismable—fatal estado del escritor en ciernes—con el fin de preparar la comprensión de lo venidero, es decir, de lo definitivo. Imposible e inoficioso sería agregar hoy algo más sobre la verdadera naturaleza intelectual de Magdalena Petit, que dista mucho de plasmarse con pureza en una obra como la *Quintrala*. Si la auténtica escritora, cuyo libro evidente aguardo, vale más que el contenido de su novela, éste nos muestra un nuevo aspecto literario que, a pesar de completarla, no la revela. Mi exigencia es excesiva, no lo dudo. Pero para llegar a exigir más de un escritor, es menester que éste nos tenga pendientes,

(1) Editorial Zig-Zag, 1932, Santiago.

que gravite y permanezca vivaz como el mar frente a nuestro hondo sentido de las cosas.

La literatura es algo muy superior al bello oficio de escribir; rebasa sus mismas formas y nos hace revivir en gracia de claridad, más aun, nacer como dioses, para vivir como hombres por vez primera. Magdalena Petit sabe quien es el único escritor posible.

Tal vez mis palabras no tengan eco de novedad en un ambiente de cultura cierta, pero no está demás repetirlas hasta la saciedad en el estrecho ámbito de esta América improvisada.

La parca labor de crítico o de penetrante observador del mecanismo humano de Magdalena Petit, es un acicate contra ese tipo de literato profesional, pérfida herencia española. Es una continua y punzante reprobación del escritor prodigioso, que nunca dirá nada, porque siempre tiene algo que decir.

Sin embargo, debemos juzgar *La Quintrala* ateniéndonos a la intención con que, ex profeso, su autor la llevó a cabo. Intención de aliar una realidad teratológica a cierta fantasía natural, imponderable, sin deformaciones. Intención de filmar

in mente algunas escenas culminantes de la vida de esta mujer extraña y caprichosa, que aun echa como un rojo soplo de brujería y aviva el dormido brasero de la Colonia.

El arte puro de Magdalena Petit presta una perfecta unidad a la novela cinematográfica y resucita el alma de las cosas viejas. Su delicado poder de evocación contrasta con las mortecinas reconstrucciones coloniales de algunos chilenos modernos, que dan la sensación de almacenes de antigüedades. Si la *Quintrala* cae hoy en manos de un alienista perdería su misterioso prestigio, que enraíza en la exorcisada, mitómana y atractiva ignorancia colonial. Dejaría de ser ese personaje lleno de terrible encanto, para convertirse en un caso clínico, frío y blanco hasta la crudeza. El gran mérito de este escritor maduro es el de haberse olvidado de sus conocimientos psicopatológicos y el de haber dejado despuntar apenas su clara intuición moderna, conservando así en la atmósfera de la novela un satánico claroscuro, donde flotan supersticiones fervorosas como verdades inauditas, como ensalmos. ¡No obstante la ciencia, doña Catalina fué una posesa!

Pero el acierto básico del libro—fuera de su alta poesía y de los dones del estilo—es el de haberle concedido capital importancia a la amistad de la *Quintrala* con el *Padre Figueroa*, otorgándonos escenas como símbolos que sintetizan los medios ambientes, el sentido estricto de la vida colonial. ¡A la santa sombra del convento augustino se desarrollaba una cruenta historia de las-

civia y maleficio! ¡Bajo la abigarrada pedrería, ocultos en el cálido aroma de los sahumeros, hervían los más oscuros instintos, las más fértidas intrigas!

Magdalena Petit hace hablar a sus personajes con singular maestría. El *Padre Figueroa*, la *Josefa* y *Ñutucón Jetón* se imponen, inolvidables. La visualidad y el oído de Magdalena Petit poseen un máximo de afinación. La perfección del capítulo en que dibuja el milagro del Cristo y la de muchos párrafos rotundos, la hacen merecedora, como dijo otro crítico, de figurar en una Antología. La livianura de Francia apura y suspende su prosa que es, como las lágrimas de Doña Catalina, un brillante en fusión. Confieso que me duele sustraerme al embrujo de citarla, debido a la falta de espacio. En sus páginas—que perdurarán gracias a su pensamiento organizador—se quema el material simple del libro de Vicuña Mackenna, cobra movimiento y vida original *La Quintrala* dialogada de Bórquez Solar. Sin embargo, deploro que el autor no tenga una noción cabal del paisaje chileno, sobre todo, del paisaje aconcagüino, donde el sol se hace pulpa ubérrima, locura vegetal y el néctar de las flores embriaga como un licor. La mañana en una hacienda de Talagante no es espectral, mucho menos si la recorre una mujer crepitante de endiablada lujuria, en cuyas venas hay flujos y reflujos de sangre india, embebida de opulencia campestre. Magdalena Petit puede esbozar paisajes para ciertos estados de ánimo que se confunden con

los de ella misma, sin darse cuenta que, muchas veces, desflocan la raigambre íntima del personaje o estompa su presencia.

Comprende su pudor, que la hace tratar sin fuerza ni acuciosidad, tan solo con sugestión, una de las tantas aventuras del amor sanguinario de Doña Catalina con sus esclavos indios. Pero un valiente análisis de Tupac-Tupac, de Huemul, el hermoso Huemul, y de toda la legión de los que hicieron arder sus entrañas para dormir en la muerte el dulce sueño del amor satisfecho, daría más luz sobre la encandilada lívido de *La Quintrala*, que constituye su razón de ser.

Comprendo este pudor, pero no olvido que, cuando el arte es puro, transfigura, clarifica y ennoblece el más sórdido material humano.

En suma, el libro de Magdalena Petit es el de una artista que avanza segura hacia la primera fila de los escritores chilenos.—*Carlos Vattier B.*

LOS QUE SE VAN. (Cuentos del cholo y del montuvio), por *J. Gallegos Lara, E. Gil Gilbert y D. Aguilera Malta.*

Tres cuentistas ecuatorianos, y de innegables condiciones los tres, han reunido en este volumen *Los que se van* (1) una serie de cuadros criollos impresionistas, a veces con inclinaciones al agua fuerte, en que aparecen, con relieve magnífico, el

hombre de la sierra y el pescador de Guayaquil.

Relatos vigorosos en que el hombre y el paisaje se destacan sin esfuerzo visible, plenos de emoción y de naturalidad, con riqueza de estilo en que no se ve el trabajo fastidioso, este libro ecuatoriano nos ha hecho pensar en Javier de Viana y Montiel Ballesteros, y en Horacio Quiroga y en nuestro Mariano Latorre.

La maravillosa sorpresa que nos ha traído este libro pone en evidencia el mutuo desconocimiento que aleja a estos cercanos países de América, unidos casi todos por el intercambio comercial, y separados intelectualmente, como si fuesen pueblos de diversas razas y de lenguas distintas.

Los gobernantes de América no han querido ver, cegados en su politiquería lugareña, que los pueblos se acercan más por el espíritu que por el comercio.

Pero volvamos a este gran libro ecuatoriano. Gallegos Lara es quien nos da la prueba más evidente de la maestría que han alcanzado en el cuento criollo los escritores de Ecuador. *El Guaraguao, Era la mamá, Los madereros y La Salvaje* son aciertos definitivos, que le sitúan entre los mejores cuentistas de Suramérica.

Tal vez el único reparo que en justicia podría hacérseles, y también a los otros autores que integran este libro, sea el abuso de la frase corta, que en muchas ocasiones da la impresión de leyenda peliculera. Pero esto no aminora el positivo valor artístico de sus cuentos.

(1) Zea y Paladines, editores. Guayaquil, Ecuador.